

CAPÍTULO II.

Donde se demuestra que esa cartilla que se llama "Derecho de Gentes" es letra muerta cuando la invoca una nacion desarmada.

I.

Juarez habia triunfado definitivamente sobre la reaccion conservadora.

La reaccion expatriada buscó la liga con el extranjero.

Los hijos de la revolucion proscrita, se extendieron por la Europa entera, como los nuncios de la idea *intervencionista*.

Obispos, soldados, diplomáticos y agentes erigieron el apostolado y establecieron la infiel propaganda de la *conquista*.

Monseñor Labastida, como el don Opas de la reaccion ultramontana, y Almonte como el conde don Julian de su época, se introdujeron en las cortes, escribieron folletos, se apoderaron de la prensa, intrigaron, ofreciendo un mundo nuevo como Cristóbal Colon en la corte de los Reyes Católicos.

La Europa se sintió arrebatada por un vértigo fatal, hirvió en su seno la sangre de Guillermo Penn, Pizarro, Alvarado y

Hernan Cortes, y puso su cartel de desafio en la asta-bandera de sus buques.

Desafiaba al siglo XIX!

II.

Incendióse el viejo continente, resonaron los clarines, se oyó el ruido de los corceles y de las armas, se dijeron misas, se hicieron rogativas en los templos, y toda la gente de guerra se entró en las barcas aparejadas, desprendiéndose de los puertos europeos como la expedicion española en el siglo décimo quinto!

Aquellas tres naciones, entre las cuales se atraviesa un mar insondable de sangre y odios y rencores inestinguibles, se daban un abrazo de reconciliacion, se enviaban laureles de paz que ocultaban puñales, celebraban su fiesta de las *Grandes Paudeas*, como en los tiempos de Armodio y Aristogiton!

Era curioso ver bajo la misma enseña á los vencedores y vencidos de Waterloo, los invadidos é invasores de España!

Wellington en las Tullerías, José Bonaparte en el palacio de los Reyes Católicos, y los verdugos del 2 de Mayo con los héroes de Bailen y Vitoria, y estrechando la mano de los héroes del combate Trafalgar!

Aquella cruzada atravesaba viento en popa las inquietas olas del oceano.

El presidente Juarez, siniestramente sereno, con esa calma que precede á los grandes acontecimientos, sin abrir sus labios, sin pronunciar una palabra, sin provocar el espíritu del pueblo, con el tratado de Lóndres, ese pacto nefando y criminal, que determinaba los futuros destinos de México.

Esperó el primer rayo de luz sobre la densa nube de la duda. El ejército de la República se acercó á la zona de Veracruz, tarde, y esperó con el arma al brazo la descubierta del ene-

El puerto y castillo de Ulúa fueron desartillados para no ceder al invasor una fácil victoria.

La barca *Concepcion* se entregó á las llamas; aquel espectáculo era la cifra del porvenir.

La muerte antes que la humillacion!

III.

El día 7 de Diciembre llegaban en el tren de la Soledad al puerto de Veracruz, dos oficiales que llevaban el uniforme del cuerpo médico.

—Ya estamos en el Atlántico, amigo mio, el espectáculo es hermosísimo!

—Estoy familiarizado con él, cuando marché á Nueva-York, el cuadro era otro, el mar no estaba como hoy, sereno y como un cristal; entonces bufaba como un gigante, demonio! un poblano que se embarcaba por primera vez, se hizo poner en tierra, y eso que habia visto las corrientes del Atoyac.

—Amigo mio, yo soy poblano, y nosotros no retrocedemos ante ningun elemento.

—Pues entonces seria de Toluca el individuo, que allí tambien hay un rio sin agua que causa miedo.

—Convengamos en que sea de Toluca ó de otra cualquier parte.

—A mí me da lo mismo, el hecho es histórico y no importa la nacionalidad. Decia yo que el poblano.....

—Hombre, el toluqueño.

—Pues decia que el toluqueño.....

—Perdona si interrumpo tu historia, hemos llegado y necesito visitar el muelle; pero inmediatamente, estoy que muero de ansiedad.

—El muelle es una lengua de tierra.....

—Sí, hombre, ya lo voy á ver.

—Es necesario que antes sepas la historia de su fundacion.

—Ya me la contarás mas tarde.

—Los que hemos viajado estamos en la obligacion de instruir á los neófitos.

—Eso cuando lo soliciten, déjame andar con dos mil diablos!

—Vamos, que no hay para que incomodarse, esto me recuerda á un maldito ingles que encontré en Broadway.

—¿Otro cuento?

—Amigo Santiago, tú nunca adelantarás una sola palabra.

—Es que tú adelantas por lo que yo atraso.

—A fé de Felipe Cuevas, que no volveré á aclarar tus dudas aunque me lo ruegues.

—Sí hombre, aunque te lo ruegue.

—Eres obstinado como un vizcaino. A propósito de vizcainos, hay muchos tiburones en la bahía, no hay que pensar en bañarse.

—Y dale con tus consejos!

—Está bien, que te coma un tiburón ó una tonina: ¿no sabes lo que son toninas?

—Sobre que es la primera vez que veo el mar.

—Eso no importa, la historia natural se estudia desde el colegio.

—Pues no he visto el tratado de las toninas.

—Es muy corto, todo se reduce segun la lámina primera á esta descripcion: a mas b igual al cuerpo del animal; se suman estas cantidades, se elevan á su cuadrado y da.....

—Y doy con todos los diablos!

Felipe Cuevas y Santiago Gonzalez llegaron al muelle de Veracruz.

El espectáculo era sorprendente; un mar en calma, rizado apenas por las brisas de una mañana purísima.

Las olas al llegar á los cascos de los buques encallados se des-

hacian en cascadas de perlas que brillaban en mil colores á los rayos del sol candente de la costa.

La playa se estendia en ondulaciones, hasta perderse en las montañas de *Anton-Lizardo* y las cúspides de Tuxtla que bañan sus rocas en el Atlántico.

Sobre aquella esfera de cristal agitada, cruzaban las barcas pescadoras como blancas gaviotas en la linea del horizonte.

Las nubes ceñian con una leve gasa el confin del oceano por donde atravesaban en bandadas los pájaros marinos.

Frente al muelle se levanta el castillo de San Juan de Ulúa, á cuyos piés de granito se estrellan impotentes las olas.

Aquel coloso de piedra, atalaya del oceano, ennegrecido con el aliento de los siglos, permanece sobre las rocas, como el caballero armado que guarda la entrada de Veracruz.

Despues----la inmensidad!----

Ese mar agitado, tempestuoso, rugiente á los azotes del vendabal, que se desata en sus soledades y se ensaña en sus catástrofes y se adormece en sus calmas y se azota desesperado entre los lindes estrechos de dos mundos!

IV.

Los estudiantes guardaron ese silencio solemne de la contemplacion en que se encierra el alma á la vista del oceano.

Habia trascurrido un cuarto de hora sin que lo notasen, hasta que la alegre voz de un patron de barca les llamó la atencion.

—Pase usted, caballero, al buque que está atracado junto al castillo: es el Paquete americano, el ingles es mas cuidadoso, ese se marcha siempre hasta *Sacrificios*.

—Bien, alista tu falúa y llévame á bordo del americano.

—Calle! dijo Felipe Cuevas, el señor conde del Jaral se marcha del país!

—Sí, él es, dijo Santiago; hasta donde ha venido despues de su ruidosa aventura!

—Como que si le echa el guante ese bárbaro del señor Mons, le va peor que á tí con el cafe de Torre-Mellada.

—Ya lo creo, como que eso de dejar plantada á toda una dama, no es para menos.

—De buena gana le hablara.

—No hagas tal, no ves que pretende conservar el anónimo? se ha rasurado la patilla y lleva el pantalon dentro la bota, está hecho un yankee.

Efectivamente, don Fernando Moncada era el mismo que iba á bordo conducido en una de esas falúas voladoras que como concha de almeja se pegan á las orillas del muelle en busca de pasajeros, y que asaltan y encarcelan á los buques luego que tiran las anclas.

—Ya estoy en salvo, dijo don Fernando, luego que la lancha tomó rumbo al Paquete; bajo su pabellon puedo ver los acontecimientos sin cuidado.

—Demonio! dijo Felipe, ya trepa por la escala lijero como uno de aquellos monos que viste en Nueva-York.

—Se conoce que es práctico en cuestiones marítimas.

—Marchemos al hotel, porque si no me estoy viendo el mar tres dias seguidos.

—Sí, ya tengo deseo de tomar pescado fresco; en México nunca estuvo á mi alcance; ademas, que era de una calidad horrosa: aquí tomaremos ostiones y cuanto produce el oceano.

Los dos amigos se fueron en direccion al hotel del Progreso que está junto del muelle, y es uno de los puntos de vista mas hermosos.

Sentáronse á la mesa y dieron principio á ese banquete perpetuo que tanto atractivo tiene para los que no han visitado los puertos.

Santiago Gonzalez comió como Eliogábalo, y Cuevas que pasa por un animal carnívoro, devoró cuanto estuvo á su alcance:

langostas, ostiones, pámpano, jaibas, sardinas, ítem más, los platillos de tierra, es decir, los de usanza de los *arribeños*.

Santiago que no estaba acostumbrado á beber vino con tanta profusion, se atarantó algo, y comenzó á brindar por la ciudad heroica y á jurar y á rejurar que era preferible morir bajo la cuchilla del invasor que dejar se posesionase del puerto.

Acabadas las libaciones salieron del hotel y se tiraron a andar hácia el centro de Veracruz.

V.

La heroica Veracruz no es una de esas ciudades que pueden llamarse hermosas; pero tiene un atractivo y una simpatía irresistibles.

Ánade posada á las orillas del oceano, acariciada por las brisas marinas, arrullada por el son compasado de las olas, bañada por las aguas de esmeralda del Golfo, á pesar de esa atmósfera de muerte que cubre su frente en las horas terribles de la cólera del cielo, se la ama con pasión y se la adora con entusiasmo.

Veracruz es como esas mujeres de mirada lánguida, faz descolorida, labios entreabiertos y apostura indolente; de esas mujeres que pueden matar con una sonrisa, y que sin embargo atraen y se sabe que en el vaso de su amor se bebe un tósigo; se acercan los labios y se devora la ponzoña ofrecida en el cáliz de aquellas flores!

Con cuanto afán te contempla el peregrino desde la frágil barca sostenida por las inquietas olas del oceano!

Como te bendice cuando la luz del sol refleja en tus arenas abrasadas!

Bendita seas, roca primera del suelo patrio!-----antetú se ha

doblado nuestras rodillas y nuestra frente ha tocado tus arenas como el primer saludo á la tierra de nuestros padres!

Que las tempestades coronen tu cabeza inmortal, que el rugido de los mares se apague en tus tendidas playas, que el rayo se avasalle á tus piés y que allá en el porvenir veas desaparecer las aguas de tu golfo bajo las barcas gigantes que lleven en su arboladura el estandarte de la patria!-----

VI.

Felipe Cuevas y su compañero llegaron á los portales de la plaza, donde está el mejor de los *restaurants* (como hoy se dice).

A pesar del invierno, habia calor, sensible para los acostumbrados á la zona templada; en el portal habia pequeñas mesas donde se servian refrescos.

Los estudiantes procedieron á tomar la *sosa*, y cuando iban á pagar, el sirviente les dijo que ya estaba satisfecho el importe.

En Veracruz hay una galantería proverbial que viene de la generosidad y educacion de los veracruzanos.

Allí hay obsequios anónimos, en esto consiste el orgullo de esa tierra hospitalaria.

Hablábase en todos los corrillos con gran exaltacion sobre las noticias traídas por el paquete español.

Se sabia que la expedicion estaba resuelta, y que á la salida del correo ingles ya estaba alistada, y no tardaria en avistarse en las aguas de Veracruz.

—La cosa va mal, amigo Gonzalez, y segun parece nos pesca aquí la trifulca.

—El Cuartel general nos ha concedido licencia por cuatro dias; estamos en nuestro derecho.

—Mañana visitaremos un buque; tengo curiosidad por ver ese prodigio.

—No lo es mucho, dijo Cuevas, cuando acontece algun desastre, porque el prodigio se va á fondo con la mayor facilidad del mundo, y todos los que van en el mencionado prodigio se ahogan irremisiblemente.

—Todo tiene sus caídas.

—Esa es de las peores.

—Cuando yo naufragué en la isla de las Tortugas....

—Sí, hombre, ya me has contado esa anécdota lo menos doscientas veces.

—Es que ahora viene á pelo.

—Está bien, ya la recuerdo: entre paréntesis, ¿qué habrá pasado con Mondoñedo?

—El diablo cargue con él! esa mujer misteriosa se lo habrá robado.

—No lo creas; esa noche terrible del casamiento, es decir, del cuasi matrimonio del conde, llegó Mondoñedo á su cuarto, se tiró en su cama algunas horas sin poder dormir; despues se paseó por el aposento hablando solo: examinó sus pistolas: yo creia que se trataba de un suicidio y me las embolsé. Despues de decir varias interjecciones y tirarse de los cabellos, y arrojar espuma por la boca, y patear y jurar como un desesperado, me dijo dándome un golpe en el hombro, que sentí que me lo dislocaba:

—Soy muy desgraciado!

—Bien, le respondí.

—Pero lo he de matar!

—A quién?

—No te importa.

—Hombre, estás loco?

—Ese San Juan Bautista me ha sugerido una idea.

—Ya no quise preguntarle nada, porque me pareció que estaba demente. Figúrate, á qué venia lo de San Juan en aquellas horas?

—Mondoñedo es un hombre al agua.

—Despues empaquetó su ropa, la envió al despacho del hotel, y dándome su cartera con cincuenta pesos, que gastamos juntos, me dijo:

—Adios! acaso no nos volvamos á ver; si los amigos preguntan por mí, díles que... pero no les digas nada, adios!

Desapareció, y yo tras él, temeroso de que me cobrasen la cuenta del establecimiento.

—Decia que me fuí en pos suya; pero esto lo verifiqué despues de un escrupuloso cateo practicado en la habitacion; á pesar de ser tan entrada la noche, recogí hasta el último objeto; ya recordarás que los hemos vendido para habilitarnos.

—Es cierto, respondió Santiago Gonzalez.

—Pues señor, como si la tierra se hubiese tragado á Mondoñedo.

—Yo no dejo de alegrarme, porque se habia dedicado á divertirse con mi desgraciada hermana.

—Francamente, tenia mal gusto, porque tu hermana es un ángel, pero se parece á tí como una gota de agua á otra de la misma especie.

—Lo sé, y no necesito de que lo repitas, cuando soy el primero en confesarlo.

—No te amosques.

—Tengo buenas correas; ademas, que estoy vengado por aquello de que Isabel me hizo formal con perjuicio tuyo.

—No hablemos de eso, porque se repite la escena de la ex-

Acordada.

—Dices bien, no hablemos; pero ya es mucho tres desapariciones; porque á la chica échenle un galgo!

—Demonio! no deja de inquietarme esa pérdida.

—A mi, sobre todo, que ya estaba tan arreglado, dijo Gonzalez lamiéndose los bigotes.

—Querido, aquí en la ciudad noto no sé qué de alarma; tomemos el tren y marchemos á nuestro campo.

—La cosa se enmaraña; la emigracion comienza; hay una

espectativa que me pone en cuidado; y donde se interrumpa el camino, andamos á pié sobre estos arenales y marismas lo menos diez y ocho leguas.

—Dios mio! y el vómito que no se hace esperar!

—Una vez estando en Nueva-York----

—Por compasion! no me atormentes con tus historias; déjalas para el campo, que se nos preparan buenas desveladas.

—La hora ha pasado; esperaremos el tren de mañana; entre tanto volvamos al muelle que es todo mi encanto.

—Hagamos ejercicio, porque las jaibas y el pámpano han recucitado en mi vientre y estoy que ya reviento.

—Pues amigo mio, te echaré el anzuelo para pescarlos.

—No es broma.

—Ven acá, amigo Gonzalez, yo tengo un remedio; el mar cura todos los males.

—Piensas ahogarme?

—No; lo que pienso es que tomes una poca de su agua, que es un excelente digestivo.

Bajóse Gonzalez por la escalera del muelle y tomó aquella agua salobre, cuyo gusto le era totalmente desconocido.

La impresion fué sumamente desagradable.

Santiago subió violentamente, se asió á una de las columnas que sostienen las garruchas que sirven para el desembarque de los efectos, y comenzó á retorcerse como una culebra.

—Los animales marítimos me han desconocido; estoy que se me andan el mar y el cielo.... Dios mio! este es el vómito prieto---- yo.... voy á espirar.... mañana me entierran en el *Canelo!*

Bramaba Santiago Gonzalez con los retortijones de tripas, ora invocando el auxilio de los santos, ora desatándose como un fiero en imprecaciones horribles contra los pescados, que no podian oírle á pesar de encontrarse tan cerca.

Felipe Cuevas llevaba ya dos ó tres historias contadas, que su compañero se hubiese apercibido de sus relatos.

Llegáronse dos policías á los cuasi-médicos, y examináronlos con suma atencion.

—Se ofrece algo, caballeros? preguntó Felipe Cuevas.

—Buscábamos á un caballero que no tiene las señas que ustedes llevan.

—Nos alegramos mucho.

—Cómo se llama usted?

—Santiago Gonzalez, enfermo de indigestion.

—Nada tiene que ver eso con don Fernando Moncada.

—Demonio! lo hubiera usted dicho desde antes.

—Luego usted lo conoce?

—Perfectamente, y voy á decirlo al momento.

—Hará usted un gran servicio, porque lo piensan ahorcar ahora mismo por traidor.

—Supongo que ese servicio no será á don Fernando?

—No, á la nacion.

—Pues el señor Moncada está á bordo del paquete americano.

—Phs!... Quedamos enterados, y pasarla bien.

—Diablos de majaderos! dijo Gonzalez; de buena gana les diera esta indigestion de jaibas que me está matando.

VII.

Amaneci6 el dia 8 de Diciembre de 861.

El horizonte estaba claro: el cielo vestido con esa túnica azul parisima que cierra con un broche de oro el sol reverberante del tr6pico.

El marinero de guardia en la capitania del puerto, no cesaba de dirigir sus brújulas, sin disimular su inquietud.

Repentinamente se alz6 una bandera en el Caballero Alto de San Juan de Ulúa, anunciando que la escuadra española estaba á la vista.

El telégrafo del puerto enarboló su enseña, y la ciudad entera supo que las naves conquistadoras entraban en las aguas de Veracruz.

Adelantábanse aquellos buques con la magestad del vapor, como una tropa de gigantes; traían la bandera de España, aquellos castillos y leones en campo rojo y amarillo que saludaron triunfantes nuestras playas en el siglo décimo sexto.

La fortaleza de Ulúa izó el pabellon mexicano; la escuadrilla arrió instantáneamente su bandera.

La guerra estaba declarada.

Las naves atravesaron en pomposo alarde frente á la plaza, y tomaron rumbo hácia el puerto de Anton Lizardo, despues de saludar con sus baterías á la marina extranjera.

CAPÍTULO III.

Donde comienza la historia del primer aparecido.

I.

El conde del Jaral, obedeciendo la imperiosa voz de Blanca de Montemolin, penetró en el aposento donde quedó encarcelado como en número cuatro.

La posicion de don Fernando nada tenia de envidiable, y vista por el lado del noviazgo, era aun mas crítica, no obstante de ser solteron; confesamos que el lance de esperar el dulce y encantador halago de una esposa, y verse repentinamente constituido en reo confeso, es demasiado sensible, por no decir doloroso.

Comenzó don Fernando por fastidiarse de su traje, que tenia todos los arreos del depositado.

Despojóse de los guantes blancos, desabotonó el ajustado chaleco, y se constituyó en tren de desesperacion.

—Qué dirá Eloisa de esta falta de caballerosidad?— El señor Mons debe estar desesperado y queriendo guillotinar-me.

Dios mio!---- mi situacion es espantosa!---- ¿qué querrá de mí esta mujer?---- en todo pienso, menos en que se ha de reconciliar; no obstante, cuento con su amor que puede salvarme---- ¿Qué dirá toda la familia?---- A saber que era la hija de don Luis de Borbon, no contraigo nupcias con la señorita Mons.---- Por otra parte, no creo que doña Blanca me aceptara en matrimonio; el viejo conde de Morella la destina á un jóven de la aristocracia inglesa---- pero yo no puedo permanecer en una situacion tan violenta!----

Don Fernando se paseaba por el aposento, sin encontrar en el laberinto de sus ideas una sola que alumbrara aquel caos.

Habia oido las palabras del estudiante.

—Demonio! ese es otro enemigo gratuito; yo ignoraba tener espía tan cerca; no perdona ese majadero de estudiante la burla, y yo soy el blanco de sus iras; ¡estoy divertido!

II.

Doña Blanca se reclinó tranquilamente en su sillón luego que Mondoñedo hubo desaparecido.

La impetuosa jóven habia entrado en calma: aquel desengaño terrible la tenia anonadada.

El hombre de su amor estaba en su poder, ¿y qué conseguía con arrebatarse por la fuerza aquel sacrificio que ella hubiera deseado se le ofreciera en aras de su cariño?

Sabia que don Fernando imploraría su perdon; pero que viéndose libre, correría á satisfacer á la señorita Mons, y esta nueva falta la colocaba en la evidencia mas espantosa.

No obstante, el golpe estaba dado, y Dios diría del porvenir. Por otra parte, era necesario dar alguna solucion á aquel estado tan tirante.

Despues de pensar mucho, el sentimiento de los celos comen-

zó á preponderar, y acabó por imponerse en el corazón de doña Blanca.

Resolvióse á mantener al conde algunos dias en la casa, para hacer imposible toda satisfaccion con la familia de su novia.

Agitó la campanilla y el sacristan se presentó.

—A ese caballero le ofrecereis cuanto necesite, queda encargado bajo vuestra custodia; le prohibo salir de su habitacion.

Pocos momentos despues se oyó el ruido de un carruaje que salía de la casa.

—Se marcha, dijo don Fernando, y me deja prisionero.

III.

El sacristan se presentó á recibir órdenes del conde.

—Cuáles son las instrucciones de tu señora?

—Que estais libre, menos para salir á la calle.

—No entiendo ese género de libertad, murmuró don Fernando, y luego añadió:—Dí á la señora que quiero hablarle.

—La señora acaba de salir, y no sabemos cuando estará de vuelta.

—Pues entonces nada necesito.

—Está bien.

El sacristan se retiró dejando al infeliz novio pasar solo la primera noche de sus bodas.

—Pues señor, el momento de la crisis ha pasado, entremos en calma; por esta vez no dirán que yo me he quitado el lazo matrimonial; el dios de los desposados me rechaza, me desprecia, rueda la bola! qué mal hice en dejarme impresionar! Aunque la hija de Borbon tiene un empaque terrible á las mujeres de esa raza les sobra el ánimo que falta á los varones; ¡demonio! me aterrorizó, lo confieso. . . . pero Eloisa? no, este ha sido un lance pesado. . . . ¿y los convidados? y el

cura? . . . vamos, yo necesito fugarme, huir de México, y abandonar todos mis negocios.

He aquí lo que esperaba doña Blanca, y el único medio de salir, aunque no de una manera airosa, de tan crítica situación.

—Es necesario meditar con cuidado sobre el particular; Blanca ha de haber tomado sus precauciones para el caso de una evasión; es necesario comenzar por fingirse enfermo, esto es un principio, veremos á donde voy á parar.

IV.

Trascurrieron tres dias eternos.

Aquello era demasiado para un hombre como don Fernando.

El sacristan le servia particularmente. No habia por qué quejarse de la prision, ni menos del alcaide.

El conde habia leído trozos de todas las novelas que tenia la jóven en su pequeña biblioteca, pero se fastidió soberanamente.

—Qué mas novela, decia don Fernando, que la que me está pasando! esto ya va poniéndose turbio, y este diantre de sacristan que es incorruptible! no parece sino que una estatua me hace los honores.

Paseábase el mancebo pensando ya de una manera concienzuda en el modo de salir de la casa de doña Blanca.

Don Fernando se fingió enfermo, consecuente con su primer plan de operaciones.

El sacristan le dió algunas medicinas; pero la enfermedad continuaba, y era, segun el parecer del galan enjaulado, nada menos que una fiebre espantosa.

El sacristan, por encargo de Blanca, veló á don Fernando dos noches; éste seguia desempeñando su papel á las mil maravillas.

La jóven, cediendo á un rasgo de generosidad, habia acudido

en el silencio de la noche á la cámara de don Fernando; habia posado su mano trémula en aquella frente acariciada con entusiasmo en sus horas de pasión.

El conde se apercibió de las visitas de doña Blanca, y no aparentó despertar del sopor en que se hundia voluntariamente.

Blanca, resentida de una manera dolorosa, no se sentia inclinada al perdón; además, que su ambicion tomaba creces, y estaba segura de que el rey don Juan de Borbon no prestaria jamas su consentimiento á semejante matrimonio, y oponerse á su voluntad equivaldria á perder la esperanza de un reconocimiento.

Deseosa de cortar por completo con el conde, se resolvió á dejarle en libertad; pero exigiéndole el secreto sobre lo que imprudentemente le habia revelado en un acceso de violencia.

V.

El conde meditó una de aquellas salidas que le eran geniales, y tomó su resolución.

Hemos dicho que el sacristan habia velado dos noches consecutivas, y ya estaba rendido y acosado por el sueño.

Permanecia el buen hombre arrebujaado en su capa y arrellanado en el sillón que estaba á la cabecera del enfermo.

La luz era opaca y sus rayos se amortiguaban sobre el velador de porcelana.

El conde estaba en acecho.

Luego que por la respiracion trabajosa del viejo conoció que estaba profundamente dormido, don Fernando pasó una de las sábanas entre los brazos del sillón, y ató al sacristan perfectamente.

Despertóse el anciano, pero no pudo moverse.

—Si gritais, le dijo resueltamente don Fernando, os ahogo como á un miserable.

El sacristan guardó silencio.

El conde cortó el cordon de la campanilla, y ató los piés del infeliz sacristan, que se convertia en preso despues de haber desempeñado el papel de guardador.

Desató la sábana, y cargando con el viejo lo puso sobre el lecho despues de sujetarle las manos.

En seguida tomó un pañuelo y lo puso como una mordaza á la boca des poblada del viejo; lo cubrió completamente con la sobrecama, tiró las cortinas, y tomando la capa antidiluviana del sacristan, se echó en busca de la salida, lo que no le costó gran trabajo.

—¡Demonio! ya estoy en salvo, exclamó don Fernando al verse en la calle; y se dirigió á la casa de diligencias.

A las cuatro de la mañana en punto partió el carruaje, y el jóven calavera le dió un tierno adios á la gran Tenoxtitlan.

VI.

Blanca quiso humillar al conde manifestándole todo el peso de su indiferencia, y armada de un valor desconocido, entró resuelta en la estancia.

Sentóse en el sillón donde fué capturado y sorprendido el sacristan.

—Dormís, señor conde? dijo con calma.

El conde no podia responder, porque ya iba cerca de Ayo-tla, y el sacristan aunque permanecia cerca de la jóven, estaba privado del uso de la palabra por el lijero inconveniente de la mordaza.

—Duerme aún, dijo Blanca, es necesario despertarle. Don Fernando!..... don Fernando!.....!

El sacristan se rebulló.

—Ha despertado, murmuró Blanca. Es necesario que salgais

hoy mismo de esta casa, se os llevará con todo cuidado á la vuestra, mi carruaje está á la puerta.

El sacristan hizo un movimiento mas desesperado.

—Os ahoga la desesperacion? continuó la condesa; pues vos y solo vos teneis la culpa del estado á que hemos llegado.

El sacristan luchaba con las ligaduras.

—Veo, prosiguió doña Blanca, que os molestan mis palabras y seré breve; ya nada existe entre nosotros sino el indiferentismo y el olvido..... no traigais nunca á vuestra memoria nuestros amores, yo los he arrojado de mi alma para siempre..... Como es la última vez que nos vemos, quiero haceros una última súplica.

El sacristan, picado de la curiosidad, no se movió.

—Yo os ruego, caballero, que no me descubrais: sabeis que soy la emisaria de don Juan de Borbon y teneis mi destino en vuestras manos, fio en vuestra nobleza y caballerosidad que guardareis silencio sobre este misterio.

Como continuase el supuesto conde en el mismo silencio, la jóven lo tomó por un marcado desden, y sin poderse contener tiró de las cortinas del lecho y descubrió al infeliz viejo en la situacion triste en que lo habia dejado el calavera al tomar las de Villadiego.

Enrojeciósese el semblante de doña Blanca al encontrarse presa de la burla del mancebo, hirió con su planta el pavimento y salió llena de desesperacion de aquella estancia.

VII.

Don Fernando llegó á Veracruz, despues de haber hablado reservadamente con los hombres mas comprometidos de la intervencion en Puebla, en Orizava y Córdoba.

En la ciudad heróica fué descubierto por uno de sus mismos

cómplices, lo supo á tiempo y tomó iglesia en el Paquete americano.

Luego que el conde entró en la cámara del buque, dos personajes que son conocidos de nuestros lectores salieron á su encuentro.

—Nos hallábamnos inquietos, señor conde, temíamos seriamente por vuestra existencia.

—No hay cuidado, Mr. Wask, soy hombre acostumbrado á estos trabajos y difícilmente me sorprenden; y vos, señor Manzanedo, cómo os encontráis?

—Perfectamente.

—Qué os escriben de Inglaterra?

—Que todo va viento en popa.

—La ciudad está en alarma, y segun el cálculo de los marineros hoy tendrá lugar el arribo de la escuadra.

—Ya se dilata mas de lo que creíamos, dijo Wask.

—Pero al fin llegará; tengo una viva impaciencia; porque el ejército de Juarez se organiza y esto puede prolongar la resistencia.

—Todo ello será infructuoso, respondió Wask con arrogancia: ante las armas de cualquiera de esas naciones, seguro estoy de que retrocederán esas chusmas.

Manzanedo hizo un gesto de profundo disgusto, y es que el sentimiento del patriotismo nace con el hombre, y se mueve al menor aliento, sean cuales fueren los extravíos del pensamiento.

—Este orden de cosas, dijo don Fernando, no puede subsistir: pronto tendremos una eleccion, y ella determinará del porvenir de México.

—A nosotros nos importa nuestro *negocio*, los millones de Jecker y nada mas.

—Saligny se encarga de este asunto con mas ardor aún que nosotros.

—Húndase México, pero sálvense nuestros intereses.

Manzanedo guardaba un silencio profundo; las sierpes sedientas del remordimiento comenzaban á enroscarse á su corazón.

Luchaba por la candidatura del príncipe don Juan porque en ella veia su porvenir; pero le inspiraba terror ver que con sus trabajos ayudaba tal vez á esclavizar su patria. Sabia que en Europa las naciones débiles arrastran la cadena del sentenciado, y temblaba ante ese espectáculo sangriento.

Desde niño habia dejado á México, no recordaba mas que tenia una patria.

Al tornar á las playas de la República, volvió á amar á la madre abandonada; mas ¡ay! venia á hundir el puñal de la traicion en sus entrañas!

Manzanedo estaba sombrío, triste, meditabundo, su alma vagaba en las tinieblas de la lucha y se asomaba á la sima oscura del abismo.

Hubiera dado su vida entera por no haber abandonado las orillas del Támesis; porque su corazón era bueno y le decia con sus latidos que era un crimen nefando el que estaba cometiendo.

La noche del 15 de Julio se sintió conmovido cuando escuchó en la tribuna la voz del sentimiento patrio, aquellos arranques del orgullo nacional ofendido.

Pensaba lo noble y grande de la resistencia ante un peligro tan inminente, le espantaba pensar en la catarata de sangre que iba á estenderse en los campos de la república; sangre de hermanos, sangre brotada del corazón vírgen de la patria.

Aquella fantasía estaba próxima á extraviarse, la sostenia esa llama siniestra de la ambicion que proyecta una sombra maldita en las linfas purísimas del alma.

Manzanedo estaba acosado por el remordimiento, sus noches eran horribles y estaba nada mas que en el prólogo de su obra.